

¿Conque, no se podía?

Aquel niño tenía tan solo siete años. Su maestra lo dio por caso perdido. En presencia del pequeño habló con la madre y le dijo que era "vacío" y que era inútil que siguiera asistiendo a la escuela. La pobre mujer, avergonzada, le enseñó a leer personalmente en la casa. Aquel muchacho con el tiempo dejó su nombre escrito en cientos de patentes sobre inventos que afectaron la vida de toda la humanidad. ¿Su nombre? Tomás Alba Edison. ¿Sus inventos? Entre cientos de ellos, la luz eléctrica y el disco fonográfico.



Es sorprendente cuán a menudo grandes hombres y mujeres fueron juzgados erróneamente antes de que se volvieran famosos. De Abraham Lincoln se dijo que "solo había ido cuatro meses a la escuela, que era un soñador y que se empeñaba en hacer preguntas estúpidas". Pero el hombre llegó a la presidencia de su país, y desde ahí tomó decisiones tan dramáticas en su tiempo como la abolición de la esclavitud, y condujo con mano firme el gobierno a través de una guerra civil que acabó ganando.



Del gran cantante Enrico Caruso se dijo que no tenía voz. De Albert Einstein que era un estudiante muy malo, mentalmente lento, poco sociable y siempre soñador. De Amelia Earhart, la pionera aviadora, se dijo que si bien era brillante y llena de curiosidad, tenía tanto interés por los insectos que se arrastran que jamás podría "pensar con altura".

Hay algo interesante en la biografía de todos estos personajes, lograron probar que esas predicciones negativas eran erróneas. Descubrieron que con su esfuerzo podían superar las adversidades. Descubrieron algo que usted y yo deberíamos descubrir también, que el poder con que Dios nos dotó, es mucho más fuerte que la opinión, quizá hasta sincera, con que los "expertos" quieran marcarnos.

LO NEGATIVO: Dejar que la opinión ajena marque lo que podemos y lo que no podemos hacer.

LO POSITIVO: Tener una actitud resistente que se convierta en el método para manejar la opinión ajena desfavorable, como nuestro desafío para el futuro.

Venga a nosotros tu Reino...

«**La segunda petición del Padre nuestro** "Venga a nosotros tu Reino" se refiere sin duda al Reino de Dios en su doble dimensión: *cósmica* en el orden natural y *mesianica* en el orden salvífico.

Deseamos y pedimos en primer lugar, con referencia a la creación y conservación del mundo, el reconocimiento del dominio de Dios sobre todo lo creado, y en especial sobre el hombre, porque queremos que su reinado *sea reconocido y aprovechado* por todos, y que en el mundo se reconozcan "los derechos de Dios"



Porque este mundo nuestro, este roñoso mundo de los hombres, sólo sabe hablar de los "derechos del hombre"¹»

«**Por tanto, cuando rogamos**, estamos pidiendo ser partícipes del reino celestial, de la gloria del paraíso.

Por tres motivos es muy de desear este reino:

Primero, por la gran justicia que se da en él; "Tu pueblo, justos todos" (Is 60, 21). En este mundo los malos andan revueltos con los buenos; allí no habrá ningún malo, ningún pecado.

Segundo, por la perfecta libertad. Aquí no existe aunque todos por la ley natural la deseen; allí será absoluta frente a cualquier esclavitud: "La misma criatura será librada de la servidumbre de la corrupción" (Rom 8, 21).

La causa de esto es la identificación de la voluntad de todos con la voluntad de Dios: Dios querrá lo que los santos (los que están en el Cielo) quieren, y los santos lo que quiera Dios; por consiguiente, al cumplirse la voluntad de Dios se cumplirá la de ellos.

Y así todos serán reyes porque se hará la voluntad de todos, y su corona

será el Señor: "Aquel día el Señor de los ejércitos será corona de gloria o guirnalda de júbilo para el resto de su pueblo" (Is 28, 5).

Tercero, por su maravillosa abundancia. "No ha visto ojo alguno, salvo Tú, Dios, lo que has preparado para aquellos que te aguardan" (Is 64, 5). "El colma de bienes tus deseos" (Ps 102, 5).

En sólo Dios hallará el hombre todas las cosas de un modo más sublime y perfecto que como se encuentran en el mundo. Si buscas deleites, sumo lo tendrás en Dios; si riquezas, en Él hallarás la absoluta opulencia de donde manan las riquezas, y así lo demás.

Cuando pedimos el reino de Dios, es que estamos decididos a obedecerle y cumplir sus mandamientos todos, suplicándole que no sea el pecado quien reine en nosotros, sino Dios.

Por medio de esta petición lograremos vivir la bienaventuranza de que habla el Evangelio: "Bienaventurados los mansos" (Mt 5,4).

Conforme a la segunda, si esperas su reino, es decir, la gloria del paraíso, no te preocuparás por la pérdida de las cosas del mundo.

Finalmente en relación a la explicación tercera, si pides que reine en ti Dios y Cristo, debes ser tú manso, puesto que Él fue mansísimo. "Aprended de mi, que soy manso" (Mt 11,29)² .

¹ cfr. Padre de Jesús y Padre nuestro - Salvador Muñoz Iglesias.

² cfr. Escritos de Catequesis - Sto. Tomás de Aquino

pensamientos **provechosos**

Nada absolutamente es, lo que buscas en la Tierra, comparado con lo que tendrás en el Cielo.

jaculatoria DEL MES

(Dícelo muchas veces al día)

*Sagrado Corazón de Jesús,
en vos confío.*



Chisto MEDICO PRACTICO
- Doctor, mi hijo ha traído dos válvulas, tres resitencias y unas tuercas del televisor: ¿qué hago?
- Pues, ¡póngale antena!

CON LOS RECLUTAS
- ¡Mucha atención...! Primero se levanta el pie izquierdo, y después el derecho... El que levante los dos a la vez lo mando al calabozo.

-¿Qué busca un tonto corriendo alrededor de una universidad?...
-Hacer una carrera universitaria.



- Que la vida del hombre sobre la tierra es milicia, lo dijo Job hace muchos siglos.
- Y todavía hay comodones que no se han enterado.

El pan más pequeño



Había una vez en un país lejano una hambruna muy grande.

Como faltaban pocos días para la Navidad, un pastelero que era muy rico decidió dar un regalo a los más necesitados. Mandó a buscar a los niños más pobres del pueblo y les dijo:

En este canasto hay pan para todos. Saque uno cada uno, lo lleva a su casa y vuelvan todos los días a buscar un nuevo pedazo, hasta que Dios mande tiempos mejores

Los hambrientos niños se tiraron arriba del canasto y peleaban entre ellos porque cada uno quería sacar el pan más grande. Cuando todos tenían el que querían se fueron sin dar las gracias al pastelero.

Pero había una niña muy pobre, llamada Gretchen, que no peleó con los demás niños, ni se tiró al canasto en forma mal educada, sino que se paró modestamente un paso atrás. Cuando todos los niños tomaron su pedazo de pan, ella sacó el último que quedaba, que era el más chico. Luego besó la mano del pastelero, le dio las gracias y se fue a la casa.

Al día siguiente volvieron todos los niños y se portaron tan mal como el día anterior. Por su parte, Gretchen hizo lo mismo: esperó pacientemente su turno. Pero esta vez le quedó un pan más chico todavía.

Cuando llegó a su casa y se lo dio a su mamá, ésta lo cortó en pedazos chiquititos para repartirlo entre sus hermanos. Al hacerlo, cayeron cientos de monedas de oro. La mamá estaba tan asombrada y alarmada que las tomó, las metió en una bolsa y le dijo a Gretchen:

- Anda inmediatamente donde el pastelero y se las devuelves porque esto se vino por equivocación en el pan.

Gretchen fue donde el hombre rico y le entregó las monedas con el recado de su mamá. Pero el pastelero le dijo: - No, no fue una equivocación, yo puse las monedas de oro en ese pequeño pedazo de pan, ya que tú fuiste la única agradecida, la única educada y la única que esperó hasta el final para que los otros sacaran su pan. Ahora, anda a casa y dile a tu mamá que las monedas son de ustedes.

El atardecer de la vida



El sol se despedía del Imperio Tré. El vasallo caminaba junto a la anciana del molino amarillo. Iban conversando sobre la vida.

¿Qué cosa es lo que más te gusta de la vida, anciana?

La viejecilla del molino amarillo se entretenía en lanzar los ojos hacia el ocaso.

Los atardeceres respondió.

El vasallo preguntó, confundido:
¿No te gustan más los amaneceres?

Mira que no he visto cosa más hermosa que el nacimiento del sol allá, detrás de las verdes colinas de Tré.

Y reafirmandose, exclamó:

¿Sabes? Yo prefiero los amaneceres.

La anciana dejó sobre el piso la canastilla de espigas que sus arrugadas manos llevaban. Dirigiéndose hacia el vasallo, con tono de voz dulce y conciliador, dijo:

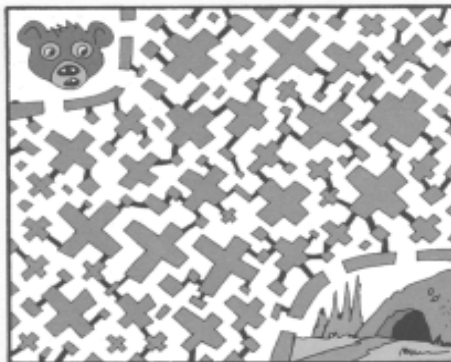
Los amaneceres son bellos, sí. Pero las puestas de sol me dicen más. Son momentos en los que me gusta reflexionar y pensar mucho. Son momentos que me dicen cosas de mí misma.

¿Cosas? ¿De ti misma...? inquirió el vasallo. No sabía a qué se refería la viejecilla con aquella frase.

Antes de cerrar la puerta del molino amarillo, la anciana añadió:

Claro. La vida es como un amanecer para los jóvenes como tú. Para los ancianos, como yo, es un bello atardecer. Lo que al inicio el precioso, al final llega a ser plenamente hermoso. Por eso prefiero los atardeceres... ¡mira!

La anciana apuntó con su mano hacia el horizonte. El sol se ocultó y un cálido color rosado se extendió por todo el cielo del Imperio Tré. El vasallo guardó silencio. Quedó absorto ante tanta belleza.



La vida es un instante que pasa y no vuelve. Comienza con un fresco amanecer; y como un atardecer sereno se nos va. De nosotros depende que el sol de nuestra vida, cuando se despida del cielo llamado "historia", coloreé con hermosos colores su despedida. Colores que sean los recuerdos bonitos que guarden de nosotros las personas que vivieron a nuestro lado.

reflexión

Resignación pasiva.

Es aquella actitud que acepta la enfermedad cual si fuese algo contra lo que nada se puede hacer porque es el resultado de una voluntad de Dios. Esta actitud no solo confunde la voluntad de Dios con la condición de la fragilidad humana, sino que bloquea la acción y la lucha contra la enfermedad, potenciando la pasividad. Es cierto que la enfermedad es una situación que hay que aceptar, pero para superarla, no para abandonarse a ella.

La paciencia fatalista.

Es aquella actitud que acepta la enfermedad como si se tratara de una consecuencia de la fatalidad o del destino. Soporta la enfermedad, pero no le da sentido. Aguanta, pero no lucha. Es verdad que la paciencia es una virtud. Pero no significa ni que no nos importe estar enfermos ni que no merezca la pena luchar contra las desgracias. Significa, más bien, la constancia en la lucha, con la esperanza de que hemos de vencer en Cristo. La constancia en la lucha explica la rebelión contra el mal, pero se opone a la desesperación.

El dolorismo meritório.

Es la actitud de quien exalta el dolor como valor y medio supremo para la santificación. Considera que la enfermedad es un privilegio y el sufrimiento un mérito. Nadie duda que también por el dolor podemos santificarnos, cuando nos unimos al dolor y al sufrimiento de Cristo, completando lo que falta a su pasión. Pero el dolor en sí, no es un bien. Y esta actitud puede llevarnos a buscar y a mantenernos en el dolor, al desprecio del cuerpo, a la autopunición.